

EL PRIMER PRESIDENTE



Don Niceto Alcalá Zamora en la escalinata de su casa del paseo de Martínez Campos.

de mármol que conduce a la primera planta del edificio. Allí, un amplio recibidor poblado de bargueños y panoiias tiene puertas a varios despachos y salones: a mano derecha, entrando, hay una pequeña habitación, donde un joven secretario despacha correspondencia; creo recordar que, en mi rápida ojeada circular de visitante curioso, advertí, a continuación, otro despacho más amplio—donde el presidente solía recibir sus visitas diarias—, contiguo a un salón sobriamente decorado; frente a la puerta de entrada, la escalera que conduce al piso superior inicia el ritmo de sus escalones albos, encuadrada con un pasamanos de madera oscura, donde se posa, como ave quieta y verde, una hoja de palmera; más a la izquierda, el severo decorado estilo español es quebrado amablemente por un saloncito árabe que ilumina una luz azul muy suave, tamizada, sin duda, desde

Pasaron unos minutos, durante los cuales oí ese abrir y cerrar puertas y armarios, que delata una búsqueda difícil, mezclado con el taconeo de zapatos femeninos. Presentí que toda la familia estaba tratando, inútilmente, de recordar "el sitio donde se guardaron aquellos retratos", y mi conciencia de hombre desordenado empezó a remorderme terriblemente. Imaginé un espectáculo desconsolador: paquetes deshechos por los suelos, armarios despanzurrados, cajas vaciadas precipitadamente sobre la mesa, papeles revueltos.. Todo esto, claro está, es lo que me hubiera ocurrido a mí, si alguien se presenta, de improviso en mi casa a pedirme cualquier objeto, y yo ruego a los hijos del señor Alcalá Zamora que me perdonen esta subconsciente extensión de mis defectos personales.

El hijo del presidente me trajo dos retratos muy interesantes.

—No he podido encontrar más, porque mi familia, que está en Priego, se ha llevado algunas llaves de armarios—dijo—. Perdona usted que le hayamos hecho esperar tanto, pero ni mis hermanas ni yo recordábamos dónde estaban las fotografías. ¡Hemos tenido que revolverlo todo!

—Me lo figuro, me lo figuro...—contesté, abochornado—. Pero aún no he terminado de pedir: desearía hablar con su madre y con sus hermanos para hacerles una interviú.

—¡Una interviú!—exclamó, espantado—. ¡Y con fotografías y todo!...

—Con fotografías y todo; sí, señor. Con todas las fotografías que ustedes quieran...

—No, no; si es que nosotros..., nosotros no nos retratamos nunca. Y, en cuanto a la interviú, tampoco van a querer mis hermanos... En fin, yo hablaré con ellos, y verá lo que deciden. Llámeme usted por teléfono pasado mañana a esta misma hora.

La casa de D. Niceto Alcalá Zamora

UN día—de esto hace ya algún tiempo—, llamé por teléfono a casa del entonces presidente dimisionario del Gobierno provisional y hoy presidente de la República española.

—Sí. Aquí vive el señor Alcalá Zamora—me contestaron—. Pero no está en Madrid; anoche mismo marchó a Priego para descansar durante unos días.

—Es igual—contesté—. Yo deseaba hablar con alguno de sus hijos.

El teléfono enmudeció un momento. Se oyeron pasos lejanos luego, cuya sonoridad fué creciendo, aumentando de volumen, hasta que, de nuevo, la voz surgió del aparato.

—Los señoritos están en casa muy poco tiempo. Suelen volver de la Universidad a la una o una y media, y se marchan al rato de comer. Si quiere usted venir mañana, a las horas que le he indicado, le recibirán con mucho gusto.

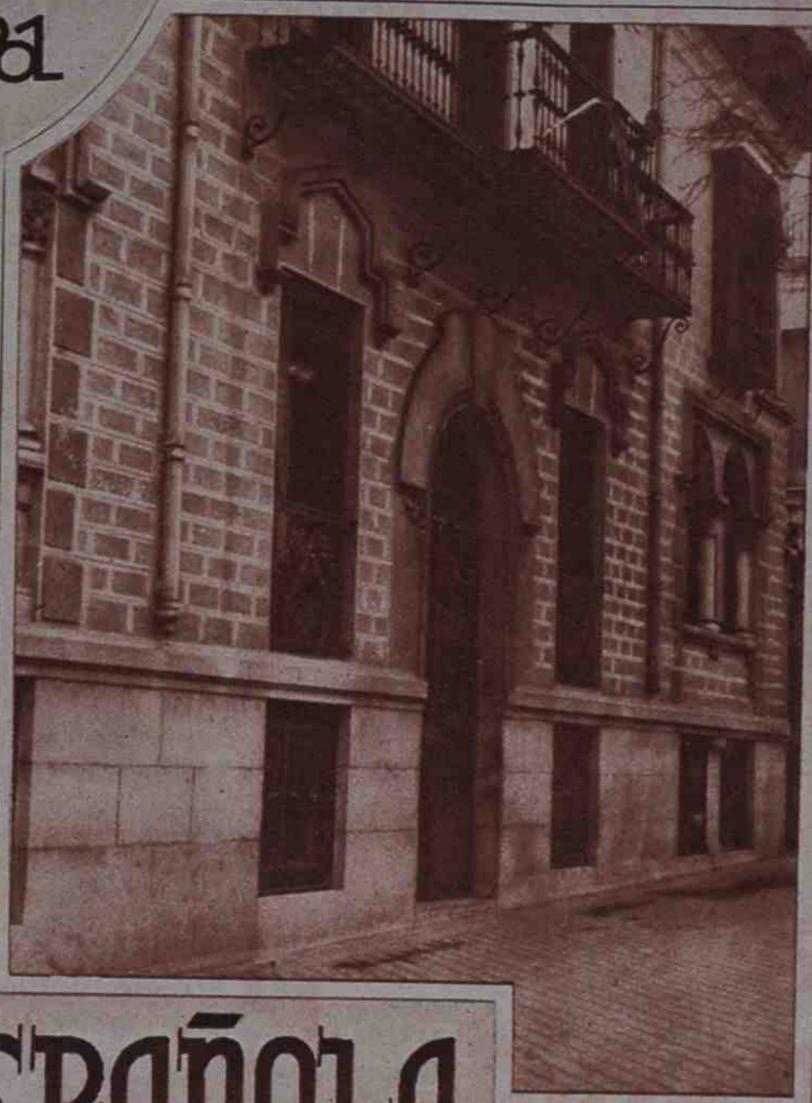
A la una y media de la tarde del día siguiente llamaba yo a la puerta de hierro y cristal que cierra el hotel de don Niceto Alcalá Zamora, en el paseo de Martínez Campos. Un portero singularmente amable me precedió por una escalera

el exterior por vidrieras coloradas; por último, otra habitación muy grande—comedor tal vez—donde se hallan dos fotografías del presidente en dos momentos interesantes de su carrera política: la primera vez que fué ministro y la primera vez que fué ministro de la Guerra.

El hijo menor de Alcalá Zamora me recibió en seguida. Es un muchacho joven, alto, moreno, muy parecido a su padre: una estampa árabe-andaluza, que no resultaría exótica, con blanco albornoz, en el barrio indígena de Fez.

—Desearía—le dije—algunas fotografías de su padre en distintas épocas. Cuantas más, mejor...

—Las voy a buscar—contestó—. ¿Puede usted esperar un momento?...



Fachada de la casa en que ha vivido don Niceto hasta el día de su elección.

DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA